

Antonio Rubió y Lluch

El nombre de don Antonio Rubió y Lluch representa a un amigo ilustre de Colombia. Amistad permanente, de años y lustros; no ocasional, ni interesada.

En los últimos veinte años del pasado siglo conservaba correspondencia con varios colombianos relevantes. Tuvo en Barcelona, durante cierta época, la representación consular de la República. Siempre siguió paso a paso todas las vicisitudes de nuestra tierra. Cuando se separa Panamá, Rubió y Lluch mueve su talento de escritor en pro de la nación escarnecida.

Hombre de letras fue Rubió y Lluch, y nada más que hombre de letras. Su vida resulta armoniosa, sin la disonancia siquiera de una aventura por campos extraños a su compleción intelectual, a sus tendencias naturales.

La política no le desvía. Su condición de catalán que ama con fervor, no le hace bastardear de su españolismo. Grande escritor en ambas lenguas —castellana y catalana— no acepta la tendencia separatista que ha fermentado en Cataluña, pero tampoco los atentados contra la cultura regional. Su concepto sobre el problema catalán pudiéramos decir que es federativo, es decir, de comprensión, de elasticidad, de humanidad.

Torpe criterio, evidentemente, el de la persecución a las lenguas regionales, en una nación de las modalidades características de España.

En varias épocas quiso imponerse tal criterio. La última, bajo la dictadura de Primo de Rivera. Pretendieron entonces clausurar las escuelas catalanas y suprimir de la enseñanza toda lección en la lengua de la provincia.

El problema no es de medidas drásticas, sino de intensidad en la instrucción pública. Ninguna nación más apedazada por los dialectos regionales que Italia. Con la propagación de la instrucción en el reino desde el año 70, han ido debilitándose los dialectos, no sólo provinciales sino municipales, que sarpullían el mapa lingüístico ita-

liano. Primo de Rivera, que supo manejar con guantes muchos problemas españoles, usó erróneamente del puño cerrado en lo tocante al idioma catalán. Y no hizo más, en este aspecto, que irritar el caso; y provocar una reacción.

Iba a decir el caso patológico. No. Trátase de una lengua histórica, que contiene una bella literatura de ayer y de hoy. Lejos estamos, mirando al catalán, de un dialecto corruptor; justamente por su entidad vésele más bien como elemento peligroso de disgregación. Sólo que hay algo de primitivo e infantil en tratar de eliminar la lengua de un pueblo por sistemas policíacos.

El problema de las lenguas, como casi todos los nudos políticos, se aviva y atiza por obra de ambos adversarios. Hay separatistas, y hay también separadores. Los idiomas, obras de arte como las catedrales góticas, en que cada generación ha dejado su rumor y labrado su tarea, se ven perseguidos y hostilizados por causas políticas. Olvídense que ellos no son patrimonio solamente de un pueblo sino de la humanidad.

No por haber quedado incrustadas y como deprimidas ciertas lenguas dentro de las grandes nacionalidades han perdido su interés y su belleza. Por el contrario, ello les da el prestigio de las joyas rezagadas. Tales el provenzal y su hermano el catalán: la cantinela alegre y la sardana melancólica.

Rubió y Lluch armoniza sus dos lenguas en la colección de sus obras. Lo contrario de Guimerá, que ni cartas particulares volvió a escribir en castellano. Pero como en la muerte de Guimerá, también hoy pudiera repetirse a lo largo de las ramblas, si el turbión de la guerra lo permitiera, la sardana surgida en los funerales del gran autor teatral, "Catalunya Plora".

Hace recuerdo Rubió Lluch —paréceme que en el volumen de Estudios Hispanoamericanos— de cuando en su juventud se vio a punto de recitar en catalán en uno de los centros sociales más castizos de Madrid, la casa de don Alejandro Pidal y Mon, a petición de Menéndez y Pelayo.

—Mas es preciso— le dijo éste— que no te vengas con las manos vacías, que leas algo, y a mi ver nada más oportuno que la oda catalana a Anacreonte. Yo leeré, entre otras cosas, algunos cantos goliardescos latinos, y así no sentará tan mal la diferencia de lenguas.

Rubió y Lluch se resistió a recitar ninguna poesía catalana en una tertulia madrileña. Conocía la adversión que al catalán se le tiene en Madrid y temía que aquella lengua "seca y concisa como el inglés, hubiera de sonar mal en los oídos delicados de aquellas bellezas tan cultas, que profesan verdadera idolatría y sienten un orgulloso exclusivismo por la forma noble y musical en que se expresan." Pero Menéndez Pelayo se ofreció a leer la oda anacreóntica y la hizo aplaudir por un público hostil o indiferente al parnaso catalán.

Anécdota muy siglo XIX, pictórica, expresiva del medio ambiente de un Madrid desaparecido.

El tomo de los Estudios Hispanoamericanos está dedicado "a la buena memoria del eximio escritor excelentísimo señor don Miguel Antonio Caro, presidente que fue de la República de Colombia".

Caro, Menéndez Pelayo y Gómez Restrepo formaron las más vivas amistades —intelectuales y afectivas— de Rubió y Lluch. Pudiera decirse que en su nutrido epistolario los nombres colombianos resaltan con ventaja entre otros muchos ilustres de toda la América española. Epistolario de Rubió y Lluch; cofre efusivo y pleno. Es piadoso creer que se le podrá publicar apenas se apague la pira en que se está consumiendo España. Ello es de interés para la literatura colombiana. Si en los estudios críticos Rubió y Lluch hace surgir a Caro, Pombo, Núñez, Ortiz, Fallon y a otros escritores colombianos, en su correspondencia se ve el reverso de la medalla, lo que va de aquellos hacia el ilustre helenista en la intimidad intelectual, en el comentario del suceso que desfila, en la última impresión de una lectura.

Helenista. Lo fue Rubió y Lluch no sólo en el saber sino en el temperamento. Desayunábase con higos y miel; es decir, leyendo por la mañana cualquier carmen de Horacio. Me lo refirió una vez de la manera más sencilla, más ajena a toda presunción.

Lejos de todo diletantismo, Rubió es hombre de largas investigaciones en los archivos italianos y en los de la corona de Aragón. Pero su complexión intelectual, fina, afinada, constituye su póliza de seguro para no convertirse en ratón de papeles viejos. Si es capaz de reunir la famosa colectánea de "Documents per l'història de la Cultura Catalana migeval", sabe avalorar el documento borroso con bisturí de crítico y esteta.

Tema favorito de Rubió y Lluch fue la reivindicación de su raza como temperamento agudamente artístico, contra el concepto de bárbara que no ha sido raro aplicarle.

La reivindica en los famosos estudios sobre la Grecia catalana de aquel siglo XIV, cuando se recordaba a Atenas simplemente como sede de la sabiduría, no como ostensorio de la belleza. Grecia por entonces cae en manos de la Confederación Aragonesa, primer ejemplo que veía el mundo de esa forma política. Cataluña tiene el manejo de la política exterior de aquella Confederación. De aquellas luchas sangrientas queda como muestra en el vocabulario popular la frase hecha de "venganza catalana", y algunos proverbios de la misma índole y de significación terrífica. En todo ello culmina el hecho de la constitución de un nuevo Estado medioeval, el ducado de Atenas, "que vino a ser como otra Cataluña, trasplantada al sagrado solar de los dioses y de las gracias". El reino de Aragón era la Inglaterra del Mediterráneo en aquel tiempo. De allí salió el Consulado de mar, primer código marítimo, que se aplicó en pleno siglo XIV, y algunos de cuyos principios aún perduran.

Rubió y Lluch penetra historia arriba, y se coloca dentro de un criterio medioeval, librándose de la preocupación contemporánea. Primer requisito de todo historiador de veras.

Son los hombres de su raza quienes primero sienten la emoción estética en Grecia, a pesar de las sombras medioevales. Demuéstralo el famoso elogio de la Acrópolis, hecho por el rey don Pedro IV, el Ceremonioso: "Es la más rica joya que haya en el mundo, a tal punto que todos los reyes cristianos, unidos, no lo podrían igualar". Renán en su oración sobre la Acrópolis no dijo tanto.

Preciábase del descubrimiento de ese texto Rubió y Lluch. En sus estudios sobre la Grecia del siglo XIV investiga ágilmente las alabanzas que se dirigieron a la Acrópolis en esas épocas bárbaras. Una de ellas, la más laconica, del obispo Acominatus, me place especialmente: "Fortísima Acrópolis, superior a toda envidia".

Da la impresión de un encaje ese estudio de Rubió y Lluch, al lado de los otros sobre hechos políticos y sociales, labrados en hierro forjado. En éstos, los nombres sonoros como ninguno, los personajes catalanes. Roger de Flor, Romeo de Bellarbre, Gerardo de Rodonella, Roger de Llauria.

El nombre de Antonio Rubió y Lluch, su historiador, armoniza con aquéllos. Pero con ocasión de su reciente fallecimiento, no es a la belleza pagana a quien hay que evocar. Es fuerza recordar el orgullo y cariño del grande escritor cuando enseñaba a sus amigos la catedral de Barcelona. Junto con el Partenón, el edificio que él más amó fue su catedral. La iglesia de su pueblo. Sentíase ciudadano de ese templo. El erudito se tornaba sentimental, ante la sinfonía de luces que rompen la tiniebla y se agarran de los muros ennegrecidos. Allí quisiéramos su sarcófago. La guerra española lo impide. La bestia humana ha arrollado con todo. No es hoy sitio de reposo ésa que llamó un gran crítico inglés, en su estudio sobre las iglesias mayores de la península, la más romántica de las catedrales españolas.

EDUARDO GUZMAN ESPONDA

